Entrevista a Virginia Ruiz

por

Josefa Salmón

Loyola University, New Orleans

A fines de noviembre de 2011, mientras estuve en la ciudad de La Paz por unos meses, tuve la oportunidad de charlar con Virginia Ruiz, quien unos meses antes había ganado el prestigioso Premio Nacional de Cuento "Franz Tamayo", del Municipio paceño. Espero que esta entrevista nos acerque a la escritora y especialmente al cuento que publicamos en este número de la *Bolivian Research Review*. Le agradecemos el habernos proporcionado la oportunidad de darlo a conocer por este medio. La entrevista en mi apartamento fue memorable por la calidez, la sencillez y la nobleza de esta talentosa escritora.

J. S.: Bueno, la primera pregunta era más o menos para presentarte, entonces, es sobre ti. ¿Podrías contarnos sobre ti, tu educación, tu niñez, tu interés por la literatura?

Virginia: Soy paceña. Nací y casi siempre he vivido en La Paz, con algunos cortos o largos intervalos. Tuve una niñez muy feliz, una madre muy cariñosa, un padre muy serio. Mi educación fue privilegiada, al menos en el contexto de Bolivia. Fui a un colegio privado, uno de los mejores de La Paz, tal vez del país. Ahí se produjo mi primer acercamiento a la literatura. En clases con profesores interesantes e interesados, y tal vez ese haya sido mi primer acercamiento. Aunque debo decir que pasar una vacación enferma también ayuda mucho. Una empieza a leer de otra manera. Así apareció Cortázar. Cortázar con sus cuentos y, sobre todo, con uno de ellos, que podría identificar quizá como el principio de mi relación con la literatura. Se llama "Lejana" y es un cuento fantástico, de una mujer que siente y presiente la existencia de otra como ella o de ella en otro lugar. Desde ese texto comenzó, digamos, mis fascinación por el cuento como género.

J.S.: ¿Qué es lo que te inspiró o te lleva a escribir?

Virginia: Aunque creo que todavía me falta mucho que aprender, creo que la "observación" vendría a ser algo así como mi inspiración. La observación de gente cercana y no tan cercana, de reacciones, de situaciones de estas personas, que pueden ser queridas o no, o simplemente gente que no conozco. A eso, tal vez, yo le llamaría la inspiración. Pero, yo creo que lo que hay en mis cuentos no es inspiración, no es una idea, es más bien el desarrollo de varias, es el entretejido de varias, con mucho trabajo de por medio, mucho trabajo. Nunca he escrito nada que no haya corregido una y mil veces. Por eso, "inspiración"…, tal vez la inspiración sean sólo instantes de lo que es el cuento o el texto. Además, instantes que con el trabajo tienden o pueden desaparecer, o sea llegado el momento esa idea, esa situación, ese punto de partida del cuento, con la relectura y la edición, con la vuelta a trabajar de las cosas, puede desaparecer porque tal vez no pertenezca al cuento, ¿no? No sé si respondo a tu pregunta.

J.S.: Pero, ¿por qué escribir?

Virginia: Porque a veces no hay otra forma de comunicarse o más bien de comunicar la imposibilidad de comunicarse, al menos en mi caso. Escribo muy poco, muy poco. Escribo antes en mi cabeza y llega un momento en que realmente me siento a hacerlo. ¿Por qué?, no

sé. Porque me animo, porque finalmente me animo a escribir. Porque el proceso de escritura de un cuento para mí es muy desgastante, muy arduo, y no quiero decir que los otros tipos de escritura no lo sean, pero es diferente, es diferente en mi caso. El proceso de la escritura creativa, en mi caso, es muy desgastante, exige de mí todo lo que tengo en ese momento. Entonces escribo poco. Ahora, tal vez en estos años, he tenido más tiempo para escribir. Desde que salí bachiller he trabajado siempre, y cuando escribo no puedo hacer otra cosa. Ha habido tantos escritores que mientras trabajaban en tres o cuatro empleos u oficios seguían escribiendo, pero no yo…O sea, cuando estoy escribiendo algo sólo puedo pensar seriamente en eso, y hablar, y concentrarme en eso.

J.S.: ¿Qué te hace preferir la narrativa a otros géneros?

Virginia: Nunca he intentado teatro y, aunque leo poesía, creo que no podría contar una historia, o contar algo, en un poema. Voy hacer un salto ─pequeño o grande, no sé─, pero, por ejemplo, en la música, cuando escucho música, lo primero que escucho y en lo que me concentro, al menos al principio, es en lo que narra, si es que es una canción; si es sólo música por supuesto es más difícil, pero cuando hay letra, cuando hay un poema, o cuando hay algo narrado, una historia, eso es lo que más me interesa. Bueno, se podría decir entonces que no es la música lo que me interesa. Me gusta mucho la música, pero cuando hay letra yo privilegio la letra. La canción me parece una forma maravillosa de contar historias, pero no creo que pueda escribirlas. El teatro, por otro lado, igual que la novela, son territorios a los que todavía no me aventuro. Tal vez después. Lo poco que he escrito se ha concentrado, más bien, en narraciones cortas, pequeñas, más extensas que canciones pero mucho más cortas que novelas.

J.S.: ¿Has escrito otros cuentos que todavía no están publicados? y ¿en qué piensas trabajar ahora que el cuento que nos proporcionas es ganador del premio de cuento Franz Tamayo? ¿Y qué ha significado eso para ti?

Virginia: Desde más o menos mis diecinueve que escribo, muy poco pero desde entonces, y algunos cuentos se han publicado, otros no. Tengo unos cinco o seis que están por ahí guardados y justamente el premio Franz Tamayo ─creo que el premio y la conversación con algunos amigos─ me ha dado la tarea, me ha dado la responsabilidad de alguna manera, de trabajar para ver si estos textos merecen ser reunidos y publicados. Hace veinte y tantos años escribí otro cuento y también fue premiado.

J.S.: ¿Cómo se llama?

Virginia: Se llama "Recojo la pelota y listo". En ese entonces, todavía, no quise plantearme la idea de si debía, podía, o quería escribir. También en ese entonces sucedía lo mismo, que necesito toda la concentración cuando escribo. Entonces estaba comenzando a estudiar, casi inmediatamente empecé a trabajar. Ganar ese premio no me hizo pensar que debería tomarlo en serio. Esta segunda vez, y tal vez también por la edad, es diferente. Esta segunda vez lo he tomado en serio. Y, tal vez como un escape, poco tiempo después de recibir el premio me he puesto a trabajar.

J.S.: En cuanto a este cuento en que vemos un personaje femenino sin nombre sufrir por un recuerdo de dolor, que tal vez llega a definir sus relaciones amorosas. Vi en esto, como un tipo de paradoja del amor, es decir, de sufrimiento, de crueldad y de deseo. Y entonces, según mi interpretación, en esta paradoja parece reflejarse la barbarie del deseo mismo. Y no sé si tu intención era ver la barbarie como algo negativo o… no sé. Entonces, mi pregunta es: ¿Crees que es la naturaleza misma del deseo, como lo expresa este personaje, que se da en este tipo

de paradoja, donde hay crueldad pero al mismo tiempo ese deseo por ese otro aunque al final no lo reciba? Me hizo pensar mucho en esa paradoja del amor, y no sé qué piensas sobre eso. ¿Es algo que pensaste al escribir el cuento?

Virginia: Claro, el cuento relata, de hecho, una escena violenta de sexo, de sexo violento, una violación. Al mismo tiempo, durante el dolor y durante la violación, el personaje femenino se dice que, aun así, simplemente lo quiere. Supongo que quiero acercarme a esa complejidad del amor y del amor en abstracto, y del amor carnal, y del amor sentimental, o sea yo puedo imaginarme una vida destruida por el amor y además voluntariamente destruida. En términos muy generales, la idea es que si bien en los seres humanos hay un instinto de conservación que nos permite, a veces, salir a flote en una piscina, o en un río, mientras podamos hacerlo físicamente, y que nos permite luchar por nuestra vida, o sea un instinto hacia la sobrevivencia, también creo que a veces, en el fondo, y a veces no tan en el fondo, en ciertas personas, existe esta fragilidad frente al amor, y frente al amor fracasado, que puede acabar destruyéndonos. En el cuento no se ve eso realmente, pero la extrapolación de una de sus lecturas podría conducir a ello. Es una mujer muy sola, parece voluntariamente sola, hasta cierto punto y ahora ya no, entonces, hay como una pulsión de autodestrucción a partir del amor. Parte de tu pregunta era: ¿cómo has pensado a los bárbaros?, ¿como algo malo o negativo no?

J.S.: O necesario.

Virginia: En realidad, son las dos cosas. Es lo negativo, pero también es lo otro, lo otro que me puede salvar de mi propia pulsión de destrucción, o de mi propio refinamiento o "sofisticación", pero en el mal sentido. Digamos, anteponiendo bárbaro a refinamiento, o sea, a cultura, ─todo esto entre comillas, tanto bárbaros, como cultura, o refinamiento─. A veces ─y eso se ve mucho en las películas de ahora─ estamos como completamente perdidos en la sofisticación. Y eso también podría plantearse como una forma algo autosatisfecha de barbarie, o como algo siniestramente civilizado, ¿te das cuenta? Y lo simple, lo otro, lo "bruto" puede sacarte de ese ensimismamiento, de esas maneras del solipsismo. Tanto en el poema ("Los bárbaros" de Constantino Cavafy), yo creo, como en el cuento, hay esa doble visión del bárbaro. Y por eso, el poema y el cuento terminan: "tal vez ellos eran una solución después de todo". El "después de todo" es importante.

J.S.: Pero, ¿no es ese todo el poema, no?

Virginia: No. Qué pena que no lo tenga a mano. Pero más o menos es esa, creo, la idea del poema. Seguramente puede haber otra lectura.

J.S.: Sí, es muy bueno.

Virginia: El poema es hermoso.

J.S.: No, el cuento.

Virginia: ¿Te ha gustado?, qué bueno.

J.S.: Bueno, permíteme una penúltima pregunta. Sé que tienes una gran pasión por los animales y éste también es un elemento principal del cuento. ¿Crees que la soledad o el dolor son una de las probables causas de este acercamiento, en especial en este cuento?

Virginia: Bueno, por un lado, he jugado con el estereotipo de la mujer sola que vive con muchos animales, ese estereotipo que vez en las películas, en la cultura popular, tal vez no

aquí mucho en Bolivia, pero en otros países sí. En culturas en las que la soledad o la ruina del contacto social, de las relaciones sociales, al parecer promueve la cercanía, y el amor, a los animales. He jugado con eso. El personaje femenino es una mujer sola que, por ejemplo, después de comer un pedazo de algo divide el resto en siete pedazos para dárselos a sus siete animales. La interpretación de un amigo me ha hecho pensar en esto. Creo que tiene razón, los gatos son los hombres, son los bárbaros. Pero no sé. A García Márquez –y no es que me compare ni muchos menos– le preguntaban siempre qué significa el gallo en "El coronel no tiene quien le escriba", pregunta que, creo, deja de ser interesante en el momento en que empiezas a responderla. Ese tipo de interpretaciones no son necesariamente las mejores. Entonces, no he tratado de encontrar un símbolo ni buscarlo tampoco, pero yo sí creo que hay una conexión entre los gatos y el pasado. Como los gatos, esos hombres y esos bárbaros se van acumulando y son cosas de las que ella está dispuesta a separarse, pero no puede hacerlo sola, o sea sólo a partir de la presencia de otro ella se plantea la posibilidad de deshacerse de esos recuerdos, de esos gatos, de esas historias. Así, más o menos, yo hablaría de los animales, de los siete gatos en el cuento.

J.S.: ¿Por qué te interesó el poema de Cavafy, para que éste sirva de final del cuento, creando un tipo de intertextualidad donde la narración termina en el poema?

Virginia: Bueno, conozco a Cavafy a través de amigos, como suele ocurrir con la literatura, a partir de comentarios de amigos y hace mucho, mucho tiempo. "Esperando a los bárbaros" no es el poema que más me gusta de Kavafis, es uno de los que me gustan pero no es el que más me gusta. De Cavafy me gusta el universo lejano construido por su voz, lejano no en tanto exotismo sino lejano en tanto tono. El suyo es un tono que crea, narrativamente, una lejanía, al margen ya de lo que los poemas narran. Hay otro poema que me gusta mucho que se llama "La ciudad", muy triste, hay otro que tiene un título en italiano, "Il gran rifiuto", que es algo así como, si recuerdo bien la traducción de todo el titulo, "El día del gran no", del decir no, del rechazo (y escribir literatura es, claro, una elaborada forma de decir "no"); y después tiene "Ítaca". El tomo con sus poemas es un libro que me ha acompañado desde los veinte años, y cuando empecé el cuento no tenía un título y no había ni pensado en la conexión, y hay un momento en que la protagonista, para hacer hora mientras espera que llegue su invitado, se pone a buscar libros y entre esos libros está el de Cavafy. Yo hice primero una lista de libros y estaban otros autores y estaba Cavafy, y a partir de ahí fue que comencé a trabajar la conexión y a refinarla porque ya estaba ahí, ya estaba en mi biblioteca. Entonces, en mi cuento iría en contra de lo que dice Quiroga, Horacio Quiroga, que dice que uno debe saber, cuando escribe un cuento, desde el primer momento, en cómo va a acabar. En mi caso no, en mi caso el final cambió varias veces y de hecho es el final el que le da el título. Y ahora me parece imposible pensar el cuento con otro título o sin el poema, o si la protagonista hubiera escogido otro libro. Sé que es un lugar común, pero el texto va nomás construyendo su propio rumbo, su propio destino, y no importa mucho lo que –y a eso me refería ya al principio– no importa mucho cuál ha sido, en mi caso, ese instante, o situación de inspiración; el cuento, si quiere, lo va a tomar o la va desechar.